

hombres encopetados: ministros, duques, emperadores... Y ninguno era digno de limpiarle a Miguel de mi alma el barro de las botas... Amigos míos: no consintáis que me lo roben... ¡Devolvédme!

CAPÍTULO XXIII

Donde se presenta el delicioso carácter de Bocota, que resiste a la violencia y se rinde al amor. Y no se diga después que el autor es misógino.

Al salir del despacho del barón Max Everdingen, el príncipe Istar entró en una taberna de los Mercados para tomar unas ostras y beberse una botella de vino blanco; y como era tanta su prudencia como su valor, fué después a casa de su amigo Teófilo Belais para esconder en el armario del músico las bombas que llenaban sus bolsillos. No estaba en casa el autor de *Alina, reina de Golconda*, y el querube sorprendió a Bocota estudiando ante el armario de espejo el papel de Zigouille, muchachuela viciosa, porque la genial artista debía representar el personaje principal de la opereta *Los Apaches* que se estrenaría en un lujoso «musichall», y ensayaba las provocaciones obscenas con que había de seducir a un transeunte y llevarle a una encerrona donde, mientras amordazan y sujetan al infeliz, ella repite con sádica maldad los llamamientos lascivos de que se valió para exaltarle y atraerle. Aquella obra la entusiasmaba porque ofrecía ocasión de triunfar en el canto y en la mímica.

El príncipe Istar sentóse al piano y Bocota rimó con la música sus movimientos innobles y deliciosos. Sólo llevaba una falda corta y la camisa, cuya hombrera desprendida sobre el brazo derecho descubría un bosquecillo frondoso y atrayente como la boca de una gruta sagrada de Arcadia; sus cabellos rubios y rizosos agitábanse rebeldes y esparcidos, su piel sudorosa exhalaba perfume de violeta, olor de sales alcalinas, y producía una embriaguez sensual. De pronto, enloquecido por el encanto voluptuoso de aquella carne ardorosa, el príncipe Istar se levantó, y sin decir nada, ni siquiera con los ojos, estrechó entre sus brazos a Bocota y la derribó en el sofá (el modesto sofá rameado que Teófilo adquirió en un almacén famoso con el compromiso de pagar diez francos mensuales durante muchos años). El querube se desplomó como una enorme roca sobre aquel cuerpo delicado; su pechazo estremecíase como un fuelle de fragua; sus manos enormes adheríanse como ventosas a la carne ardiente. Si el príncipe Istar hubiera galanteado a Bocota y le propusiera un goce amoroso, rápido, mutuo: poseída entonces por la excitación y el frenesí de su trabajo, ella no se negara seguramente a complacerle; pero Bocota era muy altiva, y su orgullo indómito revelóse al primer indicio de humillación. Hubiera gozado al entregarse, y no pudo consentir que la obligaran brutalmente. Solía rendirse al amor, a la curiosidad, a la solicitud quejumbrosa; rendiríase a todo menos a la fuerza; ¡eso no, antes la muerte! Su asombro convirtiéndose al punto en furor y todo su ser protestó contra la violencia. Con sus uñas furiosas desgarró las mejillas y los párpados del querube; para resistir el peso de una montaña de carne puso en tensión todos sus músculos, y arqueando briosamente la espalda, con el violento im-

pulso de sus codos y de sus rodillas lanzó al toro antropocéfalo cegado por la sangre y el dolor. El príncipe se tambaleó y fué a dar en la caja del piano; al estremecerse, todas las cuerdas produjeron un quejido prolongado y armónico; las bombas cayeron de los bolsillos y rodaban sobre el entarimado ruidosamente, como los truenos sobre las nubes, mientras Bocota, con la cabellera en desorden y un pecho al aire, bella y terrible, blandía el gancho de la estufa contra el coloso abatido, y exclamaba:

—¡Vete de aquí o te saco los ojos!

El príncipe Istar entró en la cocina para lavarse, y sumergió su rostro ensangrentado en un barreño donde había en remojo alubias de Soissons. Al salir de aquella casa no sentía cólera ni despecho, porque su alma era noble y generosa.

Al poco rato sonó la companilla de la puerta. Bocota llamó vanamente a la criada; se puso una bata ligera y salió a abrir. Un joven, muy correcto y bastante guapo, la saludó con suma cortesía; disculpó la necesidad en que se hallaba de hacer él mismo su presentación, y dió su nombre: Mauricio d'Esparvieu.

Mauricio buscaba sin descanso a su ángel custodio; inducido por una esperanza loca le presentía en los lugares más extraños; consultaba incesantemente a los magos, a los brujos, a los taumaturgos que desde un tugurio hediondo descubren el porvenir inefable, que disponen de todos los tesoros del mundo, lo cual no les libra de llevar los pantalones rotos y de alimentarse con tocino y queso. Después de ver en una callejuela de Montmartre a un cura satánico y hechicero que practicaba la magia negra, dirigióse Mauricio a casa de Bocota, enviado por la señora de la Verdeliere, quien al disponer una fiesta be-

néfica para la *Obra de Conservación de las iglesias rurales*, quiso contar desde luego con Bocota, de pronto en auge sin saber por qué. La cupletista hizo sentar al visitante en el modesto sofá rameado; accedió a una súplica de Mauricio y sentóse junto a él. Entonces el joven aristócrata expuso a la cupletista los deseos de la señora condesa de la Verdeliere, y advirtió que debía elegir con preferencia una de las canciones de apaches que deleitaban y enardecían al público selecto. Lo más lastimoso era que la señora de la Verdeliere tenía que reducirse a pagar muy modestamente un trabajo tan artístico y meritório; pero se trataba de una obra piadosa.

Bocota se comprometió a figurar en la fiesta y aceptó el mezquino precio que se la ofrecía, con la generosidad que suelen tener los pobres para los ricos y los artistas para los aristócratas. Bocota era desinteresada y creía justo ayudar a la conservación de las iglesias rurales; entre sollozos y lágrimas recordó su primera comunión y se felicitó de sentir aún viva su fe. Cuando pasaba cerca de una iglesia dábanla tentaciones de entrar, sobre todo al anochecer; despreciaba la República porque se había empeñado en destruir la Iglesia y el Ejército, y su corazón henchíase de gozo al notar que renacía el verdadero patriotismo. Francia despertaba; lo que más aplaudía en los «musichall» eran las canciones referentes a los soldaditos y a las hermanitas. Mientras ella discurría de aquel modo, Mauricio respiraba el perfume de su cabellera rubia y de su cuerpo delicioso; todas las emanaciones voluptuosas de aquella carne provocaron su apetito. Como el sofá era pequeño la sentía muy cerca, suave y tibia. Por decir algo, encareció su talento de artista; ella quiso que la dijese qué pieza de su repertorio le gustaba más; aun cuando él ignoraba por com-

pleto los triunfos de Bocota, supo agradecerla con elogios que ella misma le dictaba sin advertirlo, porque su propia vanidad hablaba de sus glorias como hubiera querido que todos hablasen. Con un candor infantil refería la serie inagotable de sus éxitos. Mauricio prodigó sinceras alabanzas a la belleza de la cupletista, a la tersura de su rostro, a la elegancia de su cuerpo; ella confesó que tenía buen cutis porque no lo martirizaba con afeites; en cuanto a sus formas comprendía que no pecaban por exceso ni por defecto; y para demostrar su afirmación oprimió con sus manos los contornos de su cuerpo adorable, y recorrió ligeramente las deliciosas curvas sobre las cuales descansaba. Mauricio quedó convencido y trastornado.

Anocheía; ella quiso encender luz; él se apresuró a rogar que no se molestase. La conversación continuaba risueña y alegre; luego más íntima y más acariciadora, con intervalos de languidez. Bocota creyó haber tratado a Mauricio desde mucho antes, le supuso digno de su confianza y le hizo confidencias. Dijo que por naturaleza fué siempre una criatura honrada, víctima de una madre codiciosa y sin escrúpulos. Mauricio desvió sus razonamientos morales, la indujo a considerar solamente su belleza y exaltó con galanterías oportunas el placer que sentiría ella sólo al pensar en sus perfecciones y atractivos. Prudente y calculador, contenía sus ansias abrasadoras y provocó en la deseada el gusto de hacerse admirar por nuevos motivos. La bata se desabrochó y se deslizó a lo largo del cuerpo; la seda viva del escote reflejó la claridad misteriosa del atardecer; Mauricio fué tan hábil, tan oportuno y tan sagaz, que la obligó a caer entre sus brazos, ardorosa y desvanecida, sin que hubiese precedido súplica ni consentimiento esencial.

Confundían ya sus alientos y sus delirios; el sofá rameado expiraba con ellos.

Cuando sus emociones pudieron reducirse a palabras, la cupletista murmuró, con los labios junto al cuello del joven, «que no era posible hallar una piel tan fina y suave ni en la más delicada mujer».

Él dijo, estrechándola entre sus brazos:

—¡Cuánto me gusta oprimirte así! Parece que no tienes huesos.

Y ella respondió cerrando los ojos:

—¡Porque soy tuya con frenético amor! El amor me abraza y derrite mis huesos...

Cuando llegó Teófilo, Bocota le obligó a dar las gracias a Mauricio d'Esparvieu, que había tenido con ella la amabilidad de ofrecerle una ocasión de lucimiento, por encargo de la señora condesa de la Verdeliere.

Considerábase dichoso el músico al sentir la dulzura y la paz de la casa después de un día entero de inútiles gestiones, de insípidas enseñanzas y de humillantes amarguras. Le imponían tres colaboradores más que firmaran con él su opereta y cobraran una parte de los derechos de autor; exigíanle también que introdujera un tango en la corte de Golconda...

Estrechó la mano del joven d'Esparvieu y se desplomó rendido sobre el sofá, que muy quebrantado por las anteriores luchas no pudo sostenerse ya sobre sus patas y se hundió. Al rodar por el suelo, asustado, el ángel tropezaba con el reloj, el encendedor y la petaca de Mauricio, y con las bombas llevadas por el príncipe Istar.

CAPÍTULO XXIV

Donde se enumeran las vicisitudes por que atravesó el «Lucrecio» de Felipe de Vendôme.

Leger-Massieu, sucesor del antiguo Leger, encuadernador establecido en la calle de la Abbaye, frente a la residencia de los padres de Saint-Germain-des-Prés donde abundaban las escuelas de párvulos y las Sociedades científicas: empleaba en su taller pocos obreros, pero muy esmerados, y servía con lentitud a una clientela antigua y paciente. Al mes y medio de mandar recoger los libros que el señor Sariette entregó al viejo Amadeo, Leger-Massieu no había desatado aún el paquete. Sólo al cabo de cincuenta y tres días, y después de comprobar el envío con la relación adjunta, escrita por el señor Sariette, el encuadernador distribuyó aquellos libros entre sus dependientes,

Como el precioso ejemplar de *Lucrecio* con el escudo de Felipe de Vendôme no iba incluido en la relación, pensaron que pertenecería a otro cliente; y como tampoco se le mencionaba en las demás relaciones de envíos, quedó en el armario, bajo llave; hasta que un día el hijo de Leger-Massieu, el joven Ernesto, se apoderó arteramente de aquella joya y se la guardó en el bolsillo. Ernesto estaba enamorado de una costurera de la vecindad, llamada Rosa, la cual sólo soñaba en hacer excursiones campestres y oír el canto de los pajarillos en los bosques. Para poder invitarla un domingo a co-

mer en Chatou, Ernesto vendió el *Lucrecio* por diez francos al viejo Moranger, chamarilero de la calle de Saint-X..., el cual nunca se mostraba curioso de averiguar por qué oscuros caminos llegaban a sus manos los objetos que adquiría. El viejo Moranger cedió inmediatamente aquel volumen por sesenta francos al señor Poussard, librero del Faubourg Saint-Germain, quien borró el sello delator estampado en la portada para que nadie reconociese la procedencia de aquel ejemplar único, y lo vendió por quinientos francos al señor José Meyer, bibliómano muy conocido, que lo cedió al punto por tres mil al señor Ardón, librero, y éste fué a ofrecérselo en seguida al famoso bibliófilo señor M. R., que le pagó seis mil y lo revendió quince días después con un regular beneficio a la condesa de Gorce. Dicha señora, conocidísima entre la sociedad parisiense más encopetada, se complacía en reunir diversas curiosidades, cuadros, libros y porcelanas, para formar en su hotel de la Avenida de Jena colecciones de objetos artísticos que demuestran sus variados conocimientos y su buen gusto. En el mes de julio, mientras la condesa de Gorce habitaba su castillo de Sarville, en Normandía, visitó a deshora y cautelosamente el hotel de la avenida de Jena un caballero de industria, y se le supuso de la partida de los *Coleccionistas*, que roban con preferencia obras de arte.

Según las investigaciones policíacas, el malhechor sirvióse de la bajada de aguas para trepar hasta el piso, luego se encaramó al balcón, y valiéndose de una palanqueta desenchajó un postigo; después rompió un cristal, buscó a tientas la falleba, abrió, y se introdujo en la galería. Una vez dentro, descerrajó algunos armarios para elegir los objetos que le agradaban más, casi todos de

tamaño reducido y de mucho precio: cajitas de oro, algunos marfiles del siglo XIV, dos preciosos manuscritos del siglo XV y un libro que el secretario de la condesa catalogaba brevemente «un tafilete blasonado», y era el *Lucrecio* de la biblioteca d'Esparvieu.

Recayeron sospechas sobre un cocinero inglés, que había desaparecido. Y a los dos meses de realizarse aquel robo, un joven elegante, completamente afeitado, que al anochecer pasaba por la calle de Courcelles, acercóse al viejo Guinerdon y le ofreció un librito.

El anticuario pagó diez francos por el *Lucrecio* de Felipe de Vendome, lo examinó minuciosamente, dedujo su mérito y lo metió en la cómoda de madera de violeta donde guardaba los objetos preciosos.

Tales fueron las vicisitudes por que atravesó, en un verano, aquella preciada joya.

CAPÍTULO XXV

Donde al fin encuentra Mauricio a su ángel.

Terminada la representación, Bocota se lavoteaba. Su viejo protector, el señor Sandraque, abrió la puerta del cuarto, silencioso y comedido; tras él entraron en avalancha los admiradores. Ella, sin volver la cabeza, les preguntó qué se proponían, por qué la contemplaban como imbéciles, y si por acaso aquello era la barraca de un fenómeno en la feria de Neuilly:

—«¡Señoras y caballeros! ¡Echen diez céntimos en la

hucha para el dote de la señorita! ¡Sólo por diez céntimos les permitiré que toquen ustedes sus pantorrillas, duras como el mármol!»

Lanzó a la turba invasora una mirada colérica, y dijo:

—¡Vaya! ¡se acabó! ¡Largo de aquí!

Con tales despachaderas se proponía barrerlos a todos, incluso a su amante verdadero, a Teófilo, que se arrinconaba pálido, melenudo, resignado, triste, miope, distraído; pero sonrió al reconocer a su Mauricio que se acercó a ella, se apoyó en el respaldo de la silla donde estaba sentada, y al felicitarla por su mímica y por su voz remataba cada galantería con un susurro y con un gesto cariñoso. La cupletista se mostró insaciable, y con preguntas insistentes, requerimientos abrumadores y fingida incredulidad, le obligó a repetir dos, tres, cuatro veces todos los elogios; cuando él callaba un instante, de tal modo se dolía ella del silencio que inmediatamente le impulsaba a urdir nuevas adulaciones. La falta de costumbre y su desconocimiento de aquel género artístico no le permitían expresarse con facilidad, pero mientras imaginaba frases oportunas complacía sus ojos en el descote suave y macizo, dorado por la luz, y en el divino rostro que se reflejaba en el espejo del tocador.

—Estuvo usted maravillosa.

—¿De veras? ¿A usted se lo parece?

—Adorable, div...

De pronto lanzó un grito espantoso. Por el espejo ha visto entrar en el cuarto la figura de un hombre. Mauricio volvióse con brusquedad, y después de arrojarle con los brazos abiertos sobre Arcadio, se lo llevó al pasillo.

—¡Bonitas costumbres!—bramó Bocota, irritada.

Abriéndose paso entre unos perros amaestrados y una familia de acróbatas americanos, el joven d'Esparvieu arrastró a su ángel hacia la salida.

En la fresca obscuridad de la calle, ebrio de alegría y temeroso aún de que se desvanezca su fortuna:

—¡Al fin te veo!—le dijo—¡al fin te veo! Arcadio, Mirar; ¡como te plazca! ¡Ya conseguí encontrarte! Arcadio: por tu culpa no tengo ángel custodio, y espero que me lo restituyas, Arcadio, ¿me quieres aún?

Arcadio le respondió que para cumplir la supraangélica misión que se había impuesto, le fué preciso pisotear la amistad, la piedad, el amor y todos los sentimientos que debilitan el alma; pero que al mismo tiempo su nueva naturaleza, tal vez porque le dejaba desamparado entre los sufrimientos y las privaciones, le predisponía a la ternura humana y le permitía sentir por su pobre Mauricio rutinario un afecto amistoso.

—Pues bien—exclamó Mauricio—, por muy poca estimación que me tengas, vuelve a mi lado, comparte conmigo la vida; yo no acierto a vivir sin ti. Mientras te tuve no me daba cuenta de tu compañía, pero desde que me abandonaste siento un vacío espantoso, y sin ti soy un cuerpo sin alma. No sé cómo hacértelo comprender: hasta en el entresuelito de la calle de Roma, junto a Gilberta, la soledad me consume; pienso en ti, deploro tu ausencia, deseo verte y oírte como aquel día en que llegaste a enfurecerme... Comprenderás que no me faltaba razón y que no te portaste con delicadeza. Me parece increíble que un ser como tú, de origen tan elevado y de tan noble espiritualidad, pudiese cometer semejante inconveniencia. La señora de Aubels no te lo ha perdonado todavía; te reprocha el susto que la diste al presentarte con tan poca oportunidad: ¿y la

insolente indiscreción de que hacías gala cuando le prendiste la blusa y le abrochaste las botas? Yo lo he olvidado todo y quiero recordar solamente que tú eres mi hermano celestial, el santo compañero de mi infancia. No, Arcadio; tú no puedes separarte de mí; eres mi ángel, eres mi ángel, eres mi único bien.

Arcadio manifestó al joven d'Esparvieu que no podía ser ya el ángel custodio de un cristiano después de arrojarle voluntariamente al abismo, y se describió presa de furores y odios, como un espantoso espíritu infernal.

—Exageraciones; mentiras—dijo Mauricio sonriente, con los ojos preñados de lágrimas.

—Nuestras ideas, nuestro porvenir; todo nos separa, Mauricio. Pero yo no acierto a vencer la ternura que nos une, y tu candor me obliga a quererte.

—¡No!—suspiró Mauricio—. ¡Si tú no me quieres! No me has querido nunca. Si se tratase de una hermana o de un hermano, esta indiferencia sería natural; si se tratase de un amigo sería lo corriente; pero se trata de un ángel custodio, ¡y es una monstruosidad! Arcadio... ¡Eres un ser abominable!

—Te quise con ternura, Mauricio: y aún te quiero. Turbas mi corazón que yo suponía defendido por una triple coraza. Tu presencia me advierte mi debilidad. Cuando eras un niño inocente, yo te amaba con más ternura y con mayor honestidad que miss Kat, la institutriz inglesa que te besaba con vicioso deleite. En el campo, cuando la delgada corteza de los plátanos se desprende, se abarquilla y deja al descubierto el tronco de un verdor blanquecino, después de las lluvias que acarrearón arena fina sobre las pendientes de las calzadas, yo te instruía para que construyeses con arena, cortezas, flores silvestres y palitos delgados, puentes rústicos, ca-

bañas toscas, arriates, y esos jardines de Adonis que sólo duran una hora. Durante el mes de mayo, en París, alzábamos un altar a la Virgen, y quemábamos incienso, cuyo aroma esparcido por toda la casa, recordaba a Marcelina la cocinera la iglesia de su pueblo y su perdida virginidad, y le arrancaba abundantes lágrimas al mismo tiempo que producía dolores de cabeza a tu madre, abrumada entre su bienestar por el hastío común a todos los privilegiados de la Tierra. Cuando fuiste al colegio me interesaron tus estudios, compartí contigo las lecciones y los juegos, te ayudé a resolver difíciles problemas de aritmética y a inquirir el significado impenetrable de una frase de Julio César. ¡Cuántas alegres partidas de marro y de pelota hemos jugado juntos! Algunas veces conocimos la embriaguez de la victoria; y nuestros laureles juveniles no estaban empapados en sangre ni en lágrimas. Hice todo lo posible para conservar tu inocencia, pero no pude impedir que la perdieses a los catorce años entre los brazos de la doncella de tu madre. Luego me apenó verte gozar sin descanso a varias mujeres de distintas edades y condiciones, y que no todas eran hermosas, por lo menos a los ojos de un ángel. Para huir de aquel doloroso espectáculo me consagré al estudio; una magnífica biblioteca me brindaba elementos que pocas veces se hallan reunidos. Profundicé la historia de las religiones... Ya sabes lo demás.

—Pero ahora, mi querido Arcadio—repuso el joven d'Esparvieu—careces de fortuna y de empleo; no dispones de recursos; eres un fracasado, un inútil; eres un vagabundo, un golfo.

El ángel adujo, con acritud, que a pesar de su pobreza llevaba un traje algo más decoroso que al vestirse la primera vez con las ropas de un suicida.

Excusóse Mauricio, y dijo que al procurarle para que se vistiera las ropas de un infeliz, estaba muy resentido contra su ángel infiel; que a nada conducía recordárselo ni recriminarle por lo pasado, y que lo más juicioso era tomar determinaciones urgentes.

—Arcadio, ¿qué piensas hacer?

—¿No te lo dije ya, Mauricio? Pelear contra el que reina en los cielos, derribarlo, y poner en su trono a Satán.

—No es posible que hagas eso. En primer lugar, porque no es el momento oportuno; la opinión está en contra, y hay que seguir la corriente, como dice papá. Lo que ahora priva es dárseles de conservador y de autoritario. Se desea mucho gobierno, y el presidente de la República se reconciliará con el Papa. No te obstines, Arcadio, en presentarte como un réprobo; en el fondo eres como todo el mundo y adoras a nuestro Dios.

—Creo haberte demostrado ya, mi querido Mauricio, el error que padeces cuando supones Dios al demiurgo que ignora completamente la naturaleza divina superior a El, y se considera de buena fe único y verdadero Dios. La *Historia de la Iglesia*, escrita por monseñor Duchesne, te dirá en la página ciento sesenta y dos del tomo primero, que ese demiurgo soberbio y limitado se llama Ialdabaoth. Es posible que un historiador eclesiástico te convenza más que tu propio ángel. Necesito separarme de ti. Adiós.

—No te vayas.

—He de irme.

—No lo consentiré. Me privaste de mi ángel custodio y debes reparar el daño que hiciste. Proporcióname otro ángel.

Arcadio adujo que le sería imposible satisfacer seme-

jante exigencia, porque se había malquistado con el Soberano distribuidor de los Espíritus tutelares, y toda solicitud en este sentido fuera inútil. Después le dijo sonriente:

—Ya ves que yo no puedo remediar nada; pídeselo tú mismo a Ialdabaoth.

—¡Nunca! ¡Jamás! ¡Calla!... ¡No me hables de Ialdabaoth!—exclamó Mauricio—. Tú me privas de mi ángel custodio; tú has de resarcirme.

—No puede ser.

—¿Dices que no puedes, porque te rebelaste contra Dios, Arcadio?

—Sí.

—¿Porque eres enemigo de Dios?

—Sí.

—¿Porque eres un espíritu satánico?

—Sí.

—Pues bien—repuso Mauricio—en adelante seré yo tu ángel custodio. No me separo de ti.

El joven d'Esparvieu fué con Arcadio a tomar unas ostras en Casa P...

CAPÍTULO XXVI

Deliberación.

Convocados por Zita y Arcadio se reunieron los ángeles rebeldes a la orilla del Sena, en el teatro de la Jonchere abandonado y ruinoso, cuyo alquiler pagó el príncipe Istar a un figonero llamado Barattán. Trescientos

ángeles se apiñaban en las gradas y en los palcos. En el escenario había una mesa, un sillón y varias sillas entre los jirones de una decoración de campo. Agrietábanse las paredes salitrosas donde aún quedaban restos de flores y frutas pintadas al temple, y en la miserable incuria de aquel desapacible lugar adquirían mayor nobleza las pasiones que allí se agitaban. Cuando el príncipe Istar pidió a la Asamblea que nombrase una Junta y eligiera presidente honorario, pensaron todos a la vez en el mismo, pero un religioso respeto cerró las bocas, y después de un breve silencio el ausente Nectario fué elegido por aclamación. Invitado a ocupar el sillón entre Zita y un ángel japonés, Arcadio tomó en seguida la palabra:

—Hijos del Cielo, ¡compañeros! ¡Ya os redimisteis de la esclavitud celestial! Sacudisteis el yugo del llamado Iahaveh, a quien debemos dar aquí su verdadero nombre de Ialdabaoth, quien a pesar de suponerse creador de los mundos sólo es un demiurgo ignorante y bárbaro, aferrado a una ínfima parte del Universo donde cultiva el dolor y la muerte. Hijos del cielo: ¿queréis luchar contra Ialdabaoth y destruirle?

Una voz única, en la que se armonizaban las voces de todos, respondió:

—¡Eso queremos!

Muchos hablaron exaltadamente; juraban escalar la montaña de Ialdabaoth, derrumbar las murallas de jasper y de pórfido y sumergir en las tinieblas eternas al tirano de los cielos.

Pero una voz cristalina vibró entre aquellos rumores confusos:

—¡Impíos! ¡Sacrílegos! ¡Insensatos!... ¡Temblad!... El Señor extiende ya sobre vosotros su brazo formidable

Era un angelito fiel, que arrastrado por un impulso de fe y de amor quiso emular la gloria de los confesores y de los mártires, ansioso, como su mismo Dios, de sentir humanamente la belleza del sacrificio, y se arrojó entre los blasfemos para provocarlos, confundirlos y pe- recer al empuje de sus iras.

La Asamblea, furiosa, encaróse con él, y los más pró- ximos le golpearon mientras repetía con acento vibrante y puro:

—¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios!

Un rebelde le echó las manos al cuello y ahogó en la garganta sus loas al Señor; fué derribado, pisoteado.

El príncipe Istar cogióle por las alas con dos dedos, alzóse como una columna de humo, abrió un ventanillo adonde sólo él podía llegar, y arrojó al angelito. Restablecido ya el orden, prosiguió Arcadio:

—Compañeros: ahora que fortalecimos nuestra resolución, estudiemos nuestros recursos y elijamos los más convenientes. Falta examinar si es preferible un ataque violento, a viva fuerza, o una firme y asidua propaganda que nos conquiste poco a poco la población celestial.

—¡La guerra! ¡la guerra!—vociferaron todos.

Ya parecía oirse la voz de los clarines y el redoble de los tambores.

Teófilo, que acudió allí contra su deseo, arrastrado por el príncipe Istar, se levantó pálido y descompuesto, para decir con la voz emocionada:

—Hermanos míos: no deis una torcida interpretación a mis palabras; me las dicta el afecto que todos me inspiráis. Soy un pobre músico, pero creedme, vuestros proyectos van a estrellarse de nuevo contra la Sabiduría Divina que todo lo ha previsto.

Calló y sentóse acosado por un enorme vocerío. Arcadio prosiguió:

—Ialdabaoth lo prevé todo, no lo niego; todo lo tiene previsto; pero ha de proceder como si nada previese, para no coartar nuestro libre albedrío. A cada momento encuéntrase irresoluto, desconcertado; los sucesos más probables le sorprenden, y la obligación que se impuso de hacer compatible su presciencia con la libertad de los hombres y de los ángeles, constantemente le crea dificultosas confusiones y terribles incongruencias. Nunca vió más allá de sus narices, y por esto no esperaba la desobediencia de Adán, como tampoco presentía la torpeza de los hombres por la cual tuvo que arrepentirse de haberlos creado y los ahogó en las aguas del Diluvio con todos los animales, a los que nada tenía que reprochar. Por su ceguedad sólo es comparable a Carlos X, su rey preferido. Si obramos con prudencia no ha de sernos difícil sorprenderle. Creo más que suficientes estas reflexiones para tranquilizar a mi hermano Teófilo.

El cual no replicó, pues aun cuando amaba mucho a Dios temía verse tratado como el angelito.

Mammon, uno de los más ilustres asambleístas, no quedó muy convencido por las reflexiones de Arcadio.

—Tened presente—dijo—que Ialdabaoth no brilla por su cultura, pero es guerrero hasta la medula. En el Paraíso mantiene una organización militar basada por completo en la jerarquía y en la disciplina; la obediencia pasiva se impone allí como ley absoluta; los ángeles forman un ejército. Comparad la Mansión celestial con los Campos Elíseos que Virgilio describe, donde todo es libertad, conocimiento, sabiduría, y donde las sombras felices conversan hermanadas entre los bosques de mirtos. En el Cielo de Ialdabaoth no existe la población

civil; todo el mundo está regimentado, matriculado, numerado; es un cuartel y un campo de maniobras. ¡Tenedlo muy presente!

Arcadio respondió que se debe considerar al enemigo en su aspecto verdadero, y que la organización militar del Paraíso tiene mayor semejanza con los pueblos del rey Gléglé que con la Prusia de Federico el Grande, luego dijo:

—Ya en la primera rebelión, antes del principio de los tiempos, prolongóse la batalla durante dos días y llegó a vacilar el trono de Ialdabaoth. La victoria fué para el demiurgo, pero, ¿a qué se debe? A una tormenta casual. En lo más cruento de la lucha, el rayo caído sobre Lucifer y sus ángeles los abatió y los carbonizó. Ialdabaoth debe al rayo su victoria; no dispone de otra fuerza y lo fulmina sin cesar. Entre relámpagos y truenos promulgó su Ley. «El fuego le precede»—ha dicho el Profeta. Y Séneca, el filósofo, afirma que el rayo pocas veces causa daño al caer pero infunde a todos temor, advertencia oportuna en cuanto se refiere a los hombres del primer siglo de la Era cristiana, pero no si se trata de los ángeles del siglo XX. Aunque dispusiera del rayo no sería ya muy poderoso; y cuando miriadas de espíritus celestes, provistos con las máquinas que la ciencia moderna pone a su disposición, asalten el Cielo: ¿suponeís, hermanos míos, que el viejo señor del sistema solar, rodeado de ángeles con un armamento de la época de Abraham, podrá defenderse? Los guerreros del demiurgo llevan aún cascos de oro y rodela de diamante; Miguel, su más aguerrido capitán, sólo conoce la táctica de los combates singulares; confía en la eficacia de los carros faraónicos y ni siquiera oyó hablar de las falanges macedónicas.

El joven Arcadio amplificó y detalló el paralelo entre el rebaño armado de Ialdabaoth y las milicias conscientes de la Rebelión. Suscitóse al punto el problema de los gastos.

Afirmó Zita que disponían de bastante dinero para empezar la lucha, que ya estaban encargados los electóforos, que su crédito se afirmaría en la primera victoria.

La discusión prosiguió violenta y confusa. En aquel parlamento angélico las palabras inútiles se producían abundantemente, como en los sínodos de los hombres. Los tumultos eran cada vez más ruidosos y más frecuentes a medida que se acercaba el momento de votar. Nadie dudaba que sería conferido el mando supremo al que ya otra vez enarbolara el estandarte de la rebelión; pero como se creían todos con méritos bastantes para servir de lugarteniente a Lucifer, describía cada uno al guerrero preferible con las características de su propio retrato. Por esto Alcor, el más joven de los ángeles rebeldes, pronunció estas fogosas palabras:

—Felizmente para nosotros, en el ejército de Ialdabaoth el mando se concede a la mayor antigüedad, por consiguiente no es probable que lo ejerza ningún genio de la guerra. No es en prolongada obediencia como se adquieren dotes de mando, ni la repetición minuciosa de los mismos detalles puede preparar al desenvolvimiento de colosales empresas. Bien claro nos dicen las historias antiguas y modernas, que los más venturosos capitanes fueron reyes como Alejandro y Federico, aristócratas como César y Turenna, o indisciplinados como Bonaparte. Un ordenancista será siempre inferior o mediocre. Camaradas: elijamos jefes inteligentes y en la flor de la edad. Es posible que un viejo no haya sido

nunca derrotado, pero sólo un joven puede vencer siempre.

Después de Alcor subió a la tribuna un serafín filósofo, y dijo:

—Nunca fué la guerra una ciencia exacta ni un arte seguro, aun cuando afirmó a veces el genio de una raza o el carácter de un hombre. Pero, ¿cómo precisaremos las condiciones indispensables de un general en jefe para la futura guerra, en la cual será preciso atender a mayor número de masas y movimientos de los que un cerebro humano puede abarcar? La creciente abundancia de los recursos técnicos, multiplica al infinito las causas de error e inutiliza las aptitudes de los jefes. A ciertas alturas de la expansión militar que los europeos, nuestros modelos, pueden muy pronto conseguir, el jefe más inteligente y el más ignorante demuestran la misma ineptitud. Otra consecuencia de los poderosos armamentos modernos consiste en imponer con inflexible rigor la ley del número; porque, si bien es indudable que diez ángeles rebeldes arrollan a diez ángeles de Ialdabaoth, nadie aseguraría que un millón de ángeles rebeldes ha de arrollar a un millón de ángeles de Ialdabaoth. El número formidable, en la guerra como en todo, inutiliza la inteligencia y la superioridad individual en beneficio de una especie de alma colectiva muy rudimentaria.

El murmullo de las conversaciones ahogó la voz del ángel filósofo, que dió fin a su discurso entre la indiferencia general.

Resonaron después en la tribuna llamamientos belicosos y promesas de victoria; hiciéronse loas a la espada que defiende las resoluciones justas. La turba delirante celebró con aplausos entusiastas el futuro triunfo

de los ángeles rebeldes. Los gritos de «¡Viva la guerra!», se lanzaron hacia el cielo silencioso.

El príncipe Istar encaramóse al estrado y la tarima gimió al sentir su peso.

—Compañeros—dijo—: Me parece muy natural que deseéis la victoria, pero sólo si estáis corrompidos por la literatura y la poesía podéis desear la guerra que ya únicamente piden los burgueses embrutecidos y los románticos rezagados. ¿Qué es la guerra? Una burlesca mascarada con la cual se exalta estúpidamente el lirismo de los guitarristas patriotas. Si Napoleón hubiera tenido una inteligencia razonable, no confiara su éxito a la guerra; pero era un soñador enardecido por los poemas de Ossian. Gritáis «¡Viva la guerra!» como infelices visionarios. ¿Cuándo seréis verdaderos intelectuales? Los verdaderos intelectuales no fundan su fuerza y su poder en todas las fantasmagorías que forman el arte militar, táctica, estrategia, fortificaciones, artillería y otras zarandajas; consideran la guerra un delirio y recurren a la química, que es una ciencia; conocen el arte de encerrar la victoria en una fórmula algebraica.

Y mientras sacaba del bolsillo un frasquito que mostró a la Asamblea, el príncipe Istar sonrió triunfalmente y dijo:

—¡Esta es la victoria!